

Discurso pronunciado por el Señor Rector de la Universidad del Salvador Licenciado Juan Alejandro Tobías, en la inauguración de la Cátedra Extracurricular María y el V Centenario

16 de Junio de 1989.

Señores Profesores, Señoras, Señores:

Los pueblos hispanoamericanos tenemos, y hemos tenido siempre desde nuestro origen, un vínculo afectivo y filial especialísimo con la Virgen María; y sin negar la universalidad de la Maternidad, hemos de reconocer que esto constituye una expresión diferenciada de la piedad mariana.

Guadalupe, Zapopan, Oclotán, Izamal, Talpa, en México. Chiquinquirá, Las Lajas, en Colombia. Coromoto, en Venezuela. El Quinche, Guápulo, en el Ecuador. Cocharcas, Chapi, Charataco, en el Perú. Copacabana, Cotoca, en Bolivia. Andacollo, en Chile. Caacupé, en Paraguay. Luján, Itatí, del Valle y otras muchas imágenes de la Virgen son veneradas en nuestra Patria.

Muy grande debió ser la alegría de América, indiana primero y mestiza más tarde, cuando recibía la nueva buena de la religión, junto a la imagen agraciada de Nuestra Señora.

Pero mucho más entusiasta fue la alegría de aquellos corazones, cuando en los beneficios prodigados por la Virgen, vieron la conversión de sus hermanos, los reclamos de justicia en su favor, la ayuda de los religiosos, el remedio de las almas, en fin, el martirologio de nuestros santos, que tan gloriosamente ganaron a este pueblo para la Fe.

Desde entonces, el pueblo fiel de Dios, de rodillas ante la Virgen María en las vastas extensiones americanas, está unido orando, está unido venerando; así cree, así aguarda; así son su llanto, su alivio y su júbilo.

Tal convenía que fuesen los cimientos de la obra que María quiso levantar en América.

Habrà algunas personas que no puedan comprender esta devoción porque intentan explicarla con la razón; no encontrarán entonces res-

puesta a los interrogantes que todos nos formulamos, y que vienen dictados por el asombro ante este fenómeno de religiosidad americana.

¿Cuál es el singular motivo del amor a María? - le pregunto a nuestros pueblos.

¿A una dulce y frágil Señora es a la que veneran?

¿Qué fortaleza pueden ver en su persona cuando la comparan con la arrogancia material del mundo moderno?

Si es Reina, ¿por qué está desposeída de todo lo que ostentan los poderosos de la tierra?

¿Acaso sus funcionarios son los humildes de tez morena que rodean los altares?

¿Cómo ustedes creen en ella?

No hay palabra que lo pueda contestar, ni entendimiento que lo pueda comprender.

Será superfluo el inventario que hagamos de los pareceres mundanos. Que aleguen los defensores de una supuesta ciencia, que reclamen con argumentos desde sus cátedras, sus voces son apenas vanidad contra la perenne devoción de América por la Virgen.

Es que el más eficaz medio y remedio que fue dispuesto para alivio de los males, ha sido la oración de los justos; aquella que sube al cielo con el impulso que le dan las aflicciones y clamores del corazón.

La Virgen María ha despertado esas oraciones, y es portadora de ellas, como mediadora de nuestra salvación, umbral de nuestros auxilios, en fin, morada de sus hijos y comienzo de la vida, como lo fue antes del Salvador.

Sean nuestras oraciones, entonces, amorosas para que se propague el amor, encendidas para que encienda, purificadas para que sean purificadoras de nuestra tierra, del mismo modo que María, siendo ella la primera evangelizada, fue luego en América, su evangelizadora.

Llego con esto, a la especial disposición de espíritu con que aspiramos iniciar las reflexiones y consideraciones que nos reúnen en este curso de Mariología.

Porque debo confesar, que de todas las excelencias de Nuestra Señora que serán tratadas aquí, mi atención es atraída por aquella obra que cumplió en la evangelización americana.

¿Hay visión más grata que la de la Virgen como pastora de su pueblo defendiéndolo de los peligros, y como introductora del evangelio para enseñanza de las almas?

Porque sin ello, parecerán pocos los favores que fuéramos a implorarlo, al igual que siendo inútiles los conocimientos sobre el camino para el que está en prisión, tampoco le servirá la libertad, si no conoce dónde está el camino.

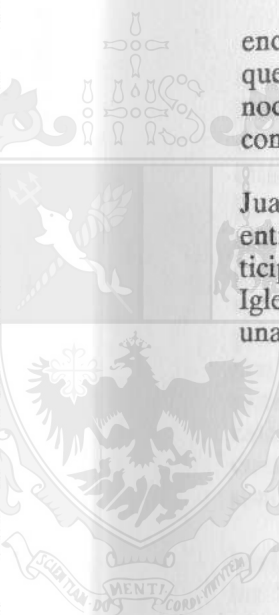
¿Qué madre pudo asistir a sus hijos con mayor dedicación?

¿Qué más puede hacer una madre por sus hijos que demostrarles la dulzura de su amor, enseñarles el camino y concederles su perpetua protección?

Si desde un principio los hombres y mujeres de América gozamos de su inclinación, ¿cómo explicarlo, si no es nacido de la bondad inefable de la Virgen evangelizadora?

A ella acudimos al inaugurar esta cátedra, a ella oramos, y a ella encomendamos estos trabajos, para ennoblecernos con su auxilio, enriquecernos con su gracia, impeler nuestros ánimos con su ejemplo; y conociéndola, la amemos; amándola, la invoquemos; e invocándola, nos conceda su gracia.

Lleguemos, pues, confiados a la Santísima Virgen, y digamos con Juan Pablo II: "María es la voz que invita a los hombres a la comunión entre ellos, en el respeto de los derechos recíprocos y en la justa coparticipación en los bienes de la tierra. Hoy le pedimos que indique a la Iglesia el mejor camino que hemos de recorrer en el compromiso por una nueva evangelización".¹



CELAM
UNIVERSIDAD
DEL SALVADOR

¹ Juan Pablo II, Discurso del Angelus, 13 de diciembre de 1987; citado por Carlos Ignacio González S.J. en *María, Evangelizada y Evangelizadora*. Ed. CELAM. Bogotá 1988, p. 420.